



MERCADO CENTRAL DE TARRAGONA

Un armario

ANTÓN SAGARRA GARULO

Doce años son demasiados para que una mujer te espere y todavía más para confiar en que te perdone rentas pasadas. Por eso, cuando he visto a Blanca con un carricoche de niño acompañada de un joven casi atractivo, y prácticamente fiel, he respirado. De esta manera ha quedado muy claro que su vida no merece ninguna ración de la mía y, menos aún, una estocada.

De paso me ha servido para calibrar mi propia vulgaridad que es directamente proporcional al precio de mi cazadora de piel y fruto de la necesidad que repartí a lo largo y a lo ancho de este Mercado de Tarragona, mi lugar, durante años, de trabajo, de errores y de neurosis.

Por eso saldré de los alrededores de este mercado y de la ciudad de Tarragona tan pronto como pueda poner una cara que no se parezca a la de un armario dejando atrás cualquier recuerdo.

Quizá no supe cómo amar Blanca. De haber hecho las cosas sólo un poco mejor ahora no tendría este aspecto de armario, roto y desvencijado, y no caminaría con la lágrima en la garganta y es posible que ese bote de hojalata, cuyo estrépito ha asustado a las palomas, no me hubiera dolido como duele la soledad cuando llega el otoño.

—¿Viste? Tanto prometer, tanto transar para veros como un plackard, abandonado entre dos autos en cualquier calle del barrio de Belgrano.— Eso sería lo que diría Blanca si pudiese verme ahora.

Nunca entendí por qué Blanca se obstinaba en compararme con un armario, o un plackard, como decía ella, en lugar de hacerlo, como parece más razonable, con un juglar de alcoba cutre o un aspirante a triunfador. En eso, en la comparación, reconozco que no fue demasiado dura conmigo.

Si aquel día, paseando por la porteña calle Corrientes, no hubiese parado en aquel kiosco para comprar el Clarín, nunca habría conocido a Blanca. Hubiera sido mejor para ella, seguro. Hubiera sido mejor no haberla traído al Mediterráneo y no haber partido en dos el texto amoroso que, aún sin fundar, regábamos al atardecer, al anochecer y todas la mañanas en aquel albergue pecaminoso con un ventanuco por el que no entraba luz y con las toallas que nunca usábamos siempre limpias.

De haber sabido lo que ahora se nunca hubiese propuesto a Blanca venir a Tarragona, ciudad más refinada que refinada y mojada más que bañada por el mar Mediterráneo. Ahora es fácil pensarlo, pero en aquellos días, renunciar al aliento de Blanca, a su olor, a sus carcajadas, era, francamente, imposible.

Si ella se hubiera quedado en Buenos Aires, ahora, no me cagarían encima las palomas, ni jugaría a ser un hombre corpulento de espíritu, firme de convicciones y, lo que ya resulta intolerable, no disimularía cuando mis recuerdos, día a día, pasan a cuchillo entre algún trago largo y muchos tragos cortos.

Pero tuve que empeñarme en que la segunda parte de nuestro encuentro amoroso, de nuestro partido, se jugase en mi casa, y que mi vida hiciera de árbitro parcial y casero y el terreno de juego fuera una casita que yo tenía, por aquel entonces, en Cambrils, un pueblo mitad pescador mitad turístico, apenas a diez kilómetros de la ciudad de Tarragona.

Ya en el avión, que para ella era sólo de ida, tuve la primera sensación, el primer "la cagaste, chaval". Disimulé y ella también. Decir que cuando pusimos los cuatro pies en Barajas no estaba enamorado sería mentir; decir que Blanca no fue la mujer que con mayor potencia se presentó ante mis ojos en toda mi vida sería comportarme como un auténtico miserable.

Pero sería injusto no recordar que muchas otras mujeres se habían posado en mi vida tan brillantes como ella, tan complicadas, tan completas... Si me fui a vivir con Blanca y no con Natalia o con Marta, fue fruto únicamente del azar. Cuando se flaquea de uno mismo, uno mismo tiende a conformarse con lo que se presenta

Fuera esto cierto o no, este pensamiento machacó mi cabeza los primeros años. Los siguientes fui yo quien machacó el cerebro de Blanca.

Nos fuimos a vivir juntos tal y como habíamos planeado el día que cruzamos el Río de la Plata en dirección a Uruguay, primero, y camino de Buenos Aires, después. Creo que al principio me ilusioné. Llegar a casa y escucharle ese dulce lunfardo me gratificaba tanto como los ñoquis de cada veintinueve. Por aquella época todavía desfilaban por mi vida algunas mujeres.

Con cualquiera de ellas podría haberme ido a vivir, pero fue Blanca y no otra la que tuvo la desgracia de compartirme. Ni Marta ni Lourdes se enfadaron por mi decisión. Alrededor de ellas figuraban varios hombres de entre los cuales, a su vez, podrían haber elegido a otro.

No lo hicieron, lo que me supuso cierto cargo de conciencia. Blanca, y eso fue una ayuda, se llevó perfectamente con ellas, incluso con Natalia difícil de trato y, básicamente, mujer mal educada. Todas me felicitaban pero entre dientes hacían pronósticos acerca de la duración de mi nuevo estado civil: "arreguntado".



Mientras tanto, Blanca y yo trabajábamos en el Mercado de Tarragona. Un trabajo relativamente agradable y mal pagado como eran los trabajos en España hace diez años. A ella le gustaba. El hecho es que el Mercado de Tarragona mantenía cierto aire de suburbio tanguero que ayudaba a que Blanca a no extrañar a su país.

Yo ocupé un puesto de mercado que un tío segundo mío había llenado de verduras. Seguramente, yo no podría haber trabajado en otro porque ni me atrevo a cortarle la cabeza a un pollo ni, mucho menos, a sacarle las tripas a una merluza. Así que frente a una pescadería donde un auténtico ejército de jóvenes enguantadas en goma gritaban los números como si estuvieran en un bingo dejaba yo pasar mis días, viendo empapelar sepias, embolsar sardinas y degollar besugos y merluzas.

Cuando me acuerdo de aquellos tiempos pienso en que la frutería de mi tío estará ahora llena de hierbas y hierbajos naturistas, lecitinas de soja, nitratos de magnesias, levaduras de cerveza, aceites de borraja y demás productos presuntamente naturales, que más que una vuelta a la sabiduría antigua conforman el exponente de una sociedad enferma.

Blanca trabajaba en el mercadillo, en un puesto de zapatos, justo en la cara del mercado que preside un reloj triste y ajado, pero tranquilo. Cuando yo cerraba mi puesto salía y ahí estaba ella, entre sandalias y zapatos de piel de buen material, mal diseño y buen precio. Y viéndola ahí, rodeada de tacones, me parecía recién salida de una canción de Joaquín Sabina.

Y nos tomábamos un montadito de esa butifarra que sólo conoces si vives en Tarragona y una cocacola, sin hielo, por supuesto.

El caso es que comenzamos a compartirlo todo. Primero el techo, luego los gastos, después algún secreto y más tarde todo. Los problemas empezaron cuando tuvimos que compartir el suelo. Cuando apoyamos los pies sólo hubo pisotones.

–Pero vos no me querés lo suficiente. Si así fuera no pasarías el día transando con otras.

Yo había dejado atrás el sentido lírico de la vida para pasar al épico y a cepillarme a todo bicho viviente. El mercado estaba lleno de jovencitas dispuestas a abusar de mí o viceversa. Seguramente, me dejé llevar por un sentimiento de autodestrucción y de no gustarme a mi mismo. Empezaba a cansarme de Tarragona, del mercado y de Blanca.

Yo le explicaba que para mí era lo mismo compartir una cafetería que hacer el amor con mis amigas. Que si eran amigas también lo eran para acostarme con ellas; si no ¿Qué sentido tendría? ¿Cómo explicarle a Natalia que podíamos ir juntos al cine pero no podíamos ir juntos a la cama? Blanca se desesperaba porque intuía que yo tenía razón. Al fin y al cabo ella había sido la última en llegar y no estaba legitimada para modificar mis costumbres.

–Pues yo haré lo mismo– amenazaba.

Un amigo me contó que para él el sexo era una forma más de comunicación. Tal argumento me convenció y todavía me convence. Lástima no haberlo descubierto antes porque era una buena explicación a mi conducta, nunca promiscua. Y empecé a coquetear con Laurita una cachonda del puesto La Selecta fundado en 1961 el mismo año del naci-



miento de Laurita. Luego, doña Paquita, la de la repostería, contrató a Nuri con quien también tuve, más que mis más, mis menos.

Yo debía crearme un don Juan cuando las quejas de Blanca no sólo no las tenía en cuenta sino que me impulsaban a seguir comportándome de aquella forma tan misógina y altiva. Y aunque las cosas empeoraron nunca sospeché llegar a embarrarme en la cloaca del arrepentimiento estéril que hoy es el eslogan de mi vida.

Muy pronto y contra mi voluntad, tuve que renunciar a mi vida licenciosa. Mis amigas se acomodaron en sus costumbres y las cada vez menos veces que les proponía hacer el amor, poco menos que se escandalizaban. Yo volvía a casa decepcionado y la sensación de haber dejado escapar a mis chicas me sacudía la cabeza constantemente. Lástima no haber sido entonces algo más previsor. Pronto me vi en la penosa circunstancia de acostarme sólo con Blanca. Laurita y Nuri, por su parte, dejaron el mercado de la mano de sendos transportistas.

Blanca nunca respondió al estereotipo de la mujer con quien yo quería vivir. Supongo que a mis treinta y siete años tuve que claudicar y conformarme con ella. Bella nunca fue. Sólo cuando la veía en el mercado con su ropa ceñida y las grietas en su cara y su culo gordo estaba yo orgulloso de tenerla cerca. Pero esto pasaba cada vez menos veces. Fue el motivo por el que decidí aniquilarla.

Cada día le quería más pero la soportaba menos. Así que dejé de compartirla con la gente que yo quería; dejé incluso de hablar bien de ella y cuando me preguntaba alguien apenas contestaba "como siempre". Ante mi insistencia, Natalia dejó de ponerse al teléfono cuando yo llamaba. A Lourdes dejé de verla y lo último que supe de Marta es que su marido era elegante y refinado. De todo echaba la culpa a Blanca. La pobre Blanca. La dulce Blanca que a veces me decía: seguís siendo el pelotudo de siempre. No se cuando vas a crecer.

Yo me seguía comportando como un crío –un pendejo decía ella–. Cuando llegaba a casa apenas le contaba lo que había hecho; dejé de felicitarle en fechas señaladas y mi comportamiento fue casi cruel. Yo pensaba que ella sufría. Luego me enteré de que le daba igual.



Me llevó apenas dos años aniquilar a Blanca en mis pensamientos; no contento con ello quise aniquilarla a ella también. Vivir conmigo nunca fue difícil pero aquel invierno conseguí librarme de tal reputación. Las groserías y desplantes se me dieron demasiado bien. Pero ¿cómo aniquilar a alguien que ya no figuraba en mis pensamientos con entidad alguna? Aquí empezó mi neurosis. Lo más parecido que encontraba a Blanca al llegar a casa era su sombra o el noticiero de las ocho. Prueba de mi desequilibrio fue empezar a buscar mis corbatas en el plackard y no en el armario. Me cansé de mi trabajo de los pimientos amarillos, de los tomates en rama y de los de pera, de las lechugas francesas y afrancesadas, del calabacín y de la berenjena, de las señoras de diario y del acento catalán, de Tarragona y del Mediterráneo y de mi casita de Cambrils. Como Julio Iglesias, yo también me cansé de vivir. Al fin y al cabo yo siempre había querido ser actor en un grupo amateur de Barcelona.

—Ché, pará un poco. Cortála ya. Eras más piola cuando andabas donjuaneando con tus minas. Hacete un análisis pero no te machaqués.

De haber sido algo más inteligente me hubiera dado cuenta que no se puede estrangular a las persianas. Lo único que se puede lograr, como máximo, es destrozarse las manos.

Quise entonces echar mano de la nostalgia. Quise recuperar las partes más saneadas de lo nuestro para aferrarme, pero no las encontré. Busqué el amor de los enamorados que se desprende en las estaciones de tren minutos antes de la despedida; busqué escenas de sexo en restaurantes de lujo o en mesas de cocina repletas de electrodomésticos y hortalizas. No las encontré. Estaba tan mal que ya no sabía ni desesperarme.

Poco antes de que Blanca se fuera intenté el último requiebro. La vi venir y quise cambiar el curso de los acontecimientos. Tarde. Incluso apagaba el televisor cuando ella llegaba con la cena. Así, tan burdamente, intentaba agasajarla. Cuando una mujer deja de amar lo hace del todo. Cuando Blanca se cansó de mí, lo había hecho de veras. No la culpo; yo también estaba cansado de mí.

¿Qué hacer? Ni yo sin ella ni, menos aún, ella sin mí. No había argumentos para seguir juntos ni valor para dejarlo. No había argumentos de ninguna clase. Cuarenta años son demasiados para empezar cosas



nuevas. Son años, cuando se es algo romántico, para la recopilación y la síntesis. No para el análisis. ¡Qué romanticismo el mío tan penoso! ¡Que descubrimiento tan doloroso el saberme un auténtico jaba-lí, un juglar de alcoba, un miserable!

Por eso me largué y dos años después vuelvo al Mercado de Tarragona, buscando la ingenuidad y la inocencia de las primeras citas. Yo no he conseguido ser actor; al fin y al cabo, no tengo talento. Seguramente vine para ver cómo ella no ha podido arreglarse sin mí. Aquí, en la parada de autobuses de Tarragona hay caballitos de feria. Su presencia es tan absurda como la mía y ese viejo cartel que indica lavabos me recuerda que la vida no me ha ido demasiado bien.

Llego a la rambla y lo único que me alegra es el dulce acento catalán de los catalanes dulces y ahí está el reloj, el viejo reloj que preside el viejo mercado. A su alrededor, como una ciudad medieval edificada alrededor de un castillo, está el inmenso mercadillo. Me quedo parado. Aquí llevo treinta minutos, sentado entre dos autos aparcados, roto y desvencijado, esperando que cualquier furgoneta me cargue y un estudiante me limpie y me barnice y me llene de folios de Derecho Penal.

Roto y desvencijado, como un armario. ●

ANTÓN SAGARRA GARULO
GUIONISTA



MERCADO CENTRAL DE TARRAGONA

De mercado carácter modernista, el Mercado Central de Tarragona, que ocupa toda una manzana frente a la Plaza Corsini, fue construido en 1915. El edificio fue proyectado por Josep M. Pujol de Barberà y el presupuesto fue aproximadamente de 250.000 pesetas.

La planta es rectangular y está cubierta por una gran bóveda de crucería. A lo largo de sus 2.500 metros cuadrados de planta se distribuyen 352 paradas que corresponden a 200 puestos de venta. Los productos de alimentación fresca suponen el mayor volumen de ventas, destacando especialmente el protagonismo de los productos pesqueros.

A lo largo del siglo XX ha sufrido varias reformas y en algún momento llegó incluso a plantearse su desaparición. Hoy, el edificio está protegido y ha sido declarado de interés nacional.

El Mercado está gestionado por la empresa municipal ESPIMSA, responsable también de otros dos mercados municipales y 12 mercadillos ambulantes, entre ellos el Mercadillo de Corsini, que ocupa una superficie de 6.000 metros cuadrados y se celebra dos días en semana –martes y jueves– junto al Mercado Central.

En la actualidad, el Ayuntamiento de Tarragona ha asumido ya la necesidad de una nueva remodelación del Mercat Central, para lo cual va a contar con el asesoramiento de la Empresa Nacional MERCASA.

